

LOS HEREDEROS

LOS IMPERDIBLES

OTROS LIBROS DE
WULF DORN EN DUOMO:

La psiquiatra
El superviviente
Acosado
Phobia

WULF DORN

LOS HEREDEROS



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2019

© 2017, Wulf Dorn, www.wulfdorn.net
Representado por AVA internacional GmbH, Alemania
www.ava-international.de
Publicado originalmente en 2017 por Wilhelm Heyne Verlag,
Múnich, Alemania
© 2019, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
© 2019, de la traducción: Beatriz Galán Echevarría

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2019

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. 08012, Barcelona (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17128-57-9

Código IBIC: FA

DL B 26418-2018

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para David
Estrella. Negra.*

Prólogo del autor

La historia principal de esta novela es ficticia, como también lo son los lugares y las personas que encontramos en ella.

En cuanto a las historias secundarias, me gustaría poder decir que también son fruto de mi imaginación, pero lo cierto es que cada una de ellas tiene un trasfondo real. Todas remiten a acontecimientos que tuvieron lugar durante el año que dediqué a escribir esta novela.

Para la historia de Lucy Walker me inspiré en una instantánea de la fotógrafa belga An-Sofie Kesteleyn: una imagen que me resultó tan aterradora como los titulares que acompañan cada capítulo, todos ellos (a excepción del último) reales como la vida misma. Cabe mencionar, también, que todos estos apuntes de prensa se publicaron en un período de apenas cinco semanas.

Uno de los descubrimientos más importantes que he hecho en mi trayectoria como lector y autor de historias de misterio es que la realidad resulta siempre mucho más cruel que cualquier ficción.

«El lugar es aquí, el tiempo es ahora y el viaje al reino de las sombras, del que ahora somos testigos, podría ser el nuestro».

ROD SERLING

The Twilight Zone

«No hay nada más peligroso que un niño que ha perdido la esperanza. En la vida de un niño pueden darse momentos difíciles, pero nunca tanto como para perder la esperanza».

ALFRED ADLER

Die Technik der Individualpsychologie

Children round the world
Put camel shit on the walls,
They're making carpets on treadmills
Or garbage sorting.
And it's no game.

DAVID BOWIE

La gasolinera. Curvas en la tormenta.
El descubrimiento

Patrick Landers descolgó el móvil a toda prisa, antes incluso de que la señal que anunciaba la entrada de un nuevo wasap dejara de sonar.

¡Por fin!

Pero en lugar de la cara de Su, lo que vio en la pantalla fue el logo de su compañía de teléfono y el mensaje *tarifas de otoño superrebajadas*.

—¡Mierda!

Dejó caer el teléfono sobre el asiento del copiloto. Aún le quedaba un buen trayecto por delante, y el cielo se oscurecía poco a poco como un siniestro presagio. Pisó el acelerador y miró por el retrovisor como si en él fuera a encontrar los rostros de las voces que resonaban en su interior.

—«... ya casi no habla...».

—«... como si fuera otra persona...».

—«... cambió repentinamente...».

—«... se comporta de un modo extraño, en cierto modo..., ¿cómo te lo diría?, en cierto modo siniestro; sí, eso es: siniestro».

—«Pensaré que estoy loco, doctor, pero me da miedo».

Y al final, las palabras de su tutor de doctorado al teléfono: «No sé qué decirte, Patrick. Estoy tan descon-

certado como tú. En los veinte años que llevo ejerciendo nunca me había encontrado con algo así».

Estas palabras resultaron especialmente duras para él. Después de oírlas decidió marcharse de allí, y en aquel preciso momento lamentó no haberlo hecho antes. ¿Por qué demonios iba a querer pasar una sola noche más?

La carretera trazaba una curva a la izquierda y rodeaba la deteriorada construcción de una central lechera abandonada hacía ya mucho tiempo. Después, por fin, podía verse el cartel del paso de montaña. Nadie salió a su encuentro, y tampoco vio a nadie tras él. La carretera estaba desierta. Desde que salió de la autopista, y poco después también de la carretera principal, apenas se había cruzado con otros vehículos, y durante la última media hora había estado completamente solo. Aquello cambiaría de nuevo en primavera, cuando las autocaravanas de los turistas llenaran la angosta carretera e intentarían fatigosamente abrirse paso por ella para pasar las vacaciones haciendo senderismo o para disfrutar de unos días de parapente en la remota zona montañosa.

«Suponiendo que aún quede alguien que quiera venir hasta aquí».

El último rayo de sol desapareció entonces ante sus ojos, absorbido por un negro nubarrón que no auguraba nada bueno. Desde la tarde, el servicio meteorológico había estado advirtiendo acerca de fuertes ráfagas de viento e intensas lluvias en los lugares más altos. Una tormenta de otoño podía resultar especialmente peligrosa en estos estrechos y serpenteantes caminos de montaña.

Pero más que el clima, lo que a Patrick le preocupaba de verdad era saber lo que podía esperarle cuando llegara a su destino. El temor de que sus sospechas se confirmaran y él estuviera en lo cierto no le dejaba pensar en nada más.

Hacía unos años, Su le regaló una camiseta en la que ponía *Take it easy or easy takes you*. «Te pega», le había dicho; y cuantos conocían a Patrick sabían que era la pura verdad: no resultaba nada fácil lograr que Patrick Landers se alterara. Si bien es cierto que desde aquel día habían cambiado muchas cosas (Su y él llevaban ya un buen tiempo separados y la camiseta yacía en el fondo del armario de la ropa vieja), la frase seguía resultando de lo más adecuada. Y cuanto más tiempo pasaba, más adecuada se volvía. A sus treinta y cinco años había descubierto que las cosas suelen ser más inofensivas de lo que parecen. Siempre, claro está, que uno se acerque a ellas con el cuidado y la serenidad necesarios.

En esta ocasión, no obstante, parece que había infravalorado la realidad. Su le había prometido que llamaría, y en todos los años que hacía que la conocía jamás había incumplido una promesa. Pero ahora habían pasado tres días y Patrick seguía sin tener noticias de ella. Ni una llamada, ni un mensaje ni un wasap. Nada. Motivo más que suficiente para sentirse francamente preocupado y partir de la base de que había sucedido algo. Algo que quizá él podría haber evitado.

¿Por qué habría tardado tanto en decidirse? En lugar de llamarla infinidad de veces y esperar a que ella le devolviera la llamada, tendría que haberse puesto en camino cuanto antes. Si su suposición resultaba cierta, si

al final aquella hipótesis que había ido abriéndose paso en su interior hasta convertirse casi en una certeza, no era un error, no tenía tiempo que perder.

«Pero... ¿y si llego tarde?».

Ahuyentó aquel pensamiento que volvía a él una y otra vez, como un insecto, exasperante, y se frotó los ojos, que le ardían. Estaba agotado por el largo viaje y la angustiosa noche anterior. Se la había pasado dando vueltas en la cama, atormentado por todas aquellas voces que aún lo perseguían.

—«... cambió repentinamente...».

—«... se comporta de un modo extraño».

—«... ¡siniestro!».

Habría dado lo que fuera por un café. Además, en su salpicadero acababa de encenderse la luz de la gasolina, lo cual indicaba que estaba en reserva. Calculó que le quedaba combustible suficiente para llegar a su destino, pero muy apurado.

Al final, la razón venció sobre la impaciencia y Patrick se detuvo en una gasolinera cuyo rótulo luminoso indicaba, en letras muy grandes, que la siguiente opción para repostar se hallaba a treinta kilómetros de distancia.

Sucedió que el rótulo se apagó justo en el momento en que lo estaba mirando, como una broma del destino, y cuando bajó del coche a toda prisa e introdujo la manguera en el depósito, el surtidor no reaccionó. Parecía desconectado, como el resto de las luces de aquella remota estación de servicio. Solo entonces se dio cuenta de que todo estaba a oscuras; incluso la casa que quedaba algo más allá.

En la puerta de entrada de la tienda, enfrentándose tercamente a los letreros de *Cruasanes frescos del día*,

Café para llevar y Revisión de neumáticos gratuita: diríjase a la caja, podía verse colgado un cartelito que decía, en letra escrita a mano y con pulso tembloroso, Cerrado temporalmente.

Durante unos segundos, Patrick se detuvo ante la puerta. Había algo en ese mensaje que le inquietaba. Algo que no podía explicarse y que era más bien una intuición. «Se puede engañar a la vista, pero no al cosquilleo en el estómago», le había dicho alguien en la facultad de medicina... y la vida le había enseñado que esa frase no solo valía para los diagnósticos médicos.

Tal vez fuera la forma en que se había escrito el cartel. Garabateado apresuradamente, como si el dueño hubiera salido de la tienda a toda velocidad.

El viento empezó a soplar con fuerza, trayendo consigo un intenso olor a lluvia. Se oyó entonces un trueno, fortísimo, cercano y amenazador.

Patrick se apresuró a regresar a su coche y se alejó de la insólita gasolinera. Ya había perdido demasiado tiempo allí. Volvió a la carretera, haciendo caso omiso de su indicador de combustible, y siguió conduciendo.

Poco después, los edificios abandonados y con ventanas oscuras habían desaparecido de su espejo retrovisor. El mosquerío acurrucado contra una de aquellas ventanas le pasó desapercibido.

Estaba a pocos kilómetros de la carretera que conducía al paso de montaña cuando por fin estalló la tormenta. El oscuro e imponente nubarrón había devorado por completo el cielo de la tarde y mantenía su más lóbrega

promesa. La ventisca se convirtió en vendaval y arremetió con tanta fuerza contra su Mercedes, que Patrick tuvo problemas para mantenerse en su carril.

Gruesas gotas de lluvia repiquetearon contra el parabrisas. Cada segundo que pasaba eran más, y por fin cayó un verdadero aguacero. Tras la cortina de agua era prácticamente imposible distinguir el camino.

No le quedó más remedio, pues, que bajar el ritmo. Maldiciendo, redujo de marcha.

Mientras avanzaba por la serpenteante carretera de curvas, esforzándose por ver algo a través de la cascada que su limpiaparabrisas trataba en vano de combatir, siguió pensando en la nota escrita a mano. En esa extraña e inquietante sensación que le sobrevino al verla. Como si hubiera alguna relación entre sus miedos y la gasolinera abandonada.

Era una tontería, por supuesto. Solo pensaba aquello porque estaba cansado, tenso y molesto. El agotamiento y el estrés pueden hacer que la gente se vuelva completamente paranoica.

Pese a que el sistema funcionaba a toda velocidad y las varillas nuevas de su limpiaparabrisas secaban perfectamente, apenas podía contrarrestar la ingente masa de agua que le estaba cayendo encima. Y justo ahora que el camino hacía pendiente y se volvía cada vez más sinuoso.

Exasperado, dio un manotazo al volante, aunque enseguida se obligó a recuperar la compostura y se esforzó por vencer la tentación de pisar el acelerador y tomar la siguiente curva a toda velocidad. Con ese temporal, el mero hecho de estar conduciendo por la carretera ya

era suficiente temeridad. Apenas veía nada. Tras cada curva podía acechar un montón de resbaladizas hojas de otoño, o bien un pedregal que la tormenta hubiera liberado por la ladera rocosa.

Se frotó los ojos de nuevo y lanzó una rápida mirada al retrovisor. Seguía completamente solo. A la tenue luz del tablero de su coche, sus ojos parecían los de un actor en una película de terror. Como los del doctor Jekyll, *después* de convertirse en *mister* Hyde.

Trató de calmarse con la idea de que pronto llegaría a la parte alta de la montaña. Llevaba años sin pasar por esa zona, pero recordó la plataforma con el mirador, que ofrecía una magnífica vista panorámica del valle. No bajo aquella lluvia, por supuesto, y tampoco de noche, pero Patrick sabía que a partir de allí solo faltaba media hora para llegar. Lo primero que haría sería...

Un solitario haz de luz refulgió sobre el parabrisas saturado de lluvia y se convirtió de golpe en un mar de luces cegadoras, mientras la palabra «¡moto!» resonaba como un grito en el interior de su cabeza.

Pisó el freno con tanta fuerza que por un momento pensó que iba a hacer un trombo y salir disparado de la carretera, pero unos metros más allá su Mercedes se detuvo, obediente, con un intenso chirrido de neumáticos. Temió que el conductor de la moto se precipitara contra él, pese a todo, pero al cabo de unos segundos se dio cuenta de que, en realidad, la luz no se movía.

Cegado por el foco de luz, entornó los ojos para tratar de ver algo a través del torrente de lluvia y de los limpias que se movían, testarudos, de un lado a otro del cristal. Tenía el corazón en un puño.

Se había equivocado. Por lo que alcanzaba a distinguir, aquello que quedaba a su lado izquierdo en la carretera no era una moto, sino un automóvil al que solo le funcionaba un faro.

—¡Lo que me faltaba!

Patrick apagó el motor y puso los cuatro intermitentes, aunque en ese lugar y a esa hora no tenía ningún sentido hacerlo. Las curvas eran tan cerradas que apenas podía verse nada a más de cincuenta metros. Sabía que tenía que asegurar su coche con un par de triángulos de señalización, pero como llevaba conduciendo una eternidad y no había visto ningún otro coche, decidió saltarse las reglas y empezar atendiendo al conductor de aquel vehículo, presumiblemente herido o accidentado. Quizá incluso estuviera acompañado...

Cogió su linterna de la guantera y se metió el móvil en el bolsillo. Se subió la capucha de la chaqueta y salió del coche.

Solo entonces comprendió la magnitud de la tragedia: la parte delantera del Audi estaba chafada como un acordeón. El vehículo debió de salirse del carril derecho y chocar con la pared rocosa por el lado del conductor. Así lo daban a entender la multitud de abolladuras y arañazos que tenía en el lateral, y el hecho de que apenas le quedara pintura plateada en esa zona. Después, el conductor debió de cometer el error de dar un volantazo. Los bolardos de piedra que marcaban el límite de la carretera frenaron en seco su movimiento y aplastaron el coche por el lado del copiloto, como si de una lata de cerveza vacía se tratara.

Patrick se quedó observando el capó del vehículo, que se había quedado medio abierto y confería al automóvil la apariencia de una inquietante sonrisa torcida. Respiró el aire frío de la noche, distinguió el olor a gasolina derramada y se preparó para ver algo terrible. Entonces corrió hacia el coche, sujetándose la capucha con una mano, pues el viento amenazaba con arrancársela de la cabeza.

Los cristales que había sobre el asfalto crujieron bajo sus pies. A excepción de la luna delantera, que se hundía hacia el interior del vehículo como si de una enorme vidriera se tratara, todas las demás ventanas habían estallado en mil pedazos. Fue así como, ya de lejos, pudo ver que había una mujer en el asiento del copiloto. Tenía la cabeza inclinada sobre el hombro derecho y su larga melena rubia le tapaba la cara.

—¿Hola? —gritó, intentando hacerse oír más allá del vendaval y la lluvia, pero no obtuvo respuesta.

Se acercó y miró hacia el interior del coche. A la luz de su linterna pudo ver que el pecho de ella subía y bajaba, débilmente pero con regularidad, y él mismo respiró, aliviado. A su lado no había nadie.

—Hola, ¿puede oírme?

La mujer no reaccionó. Estaba inconsciente, y Patrick se preguntó cuánto rato habría pasado desde el accidente. En la parte delantera del Audi no había vaho subiendo y abriéndose paso entre la lluvia, así que el motor debía de llevar ya un tiempo frío.

Patrick vio que el tronco de la mujer estaba cubierto de sangre reseca, pero no fue capaz de distinguir si sus piernas estaban bien o no. El airbag le cubría la parte inferior del tronco, como una sábana.

Trató de abrir la puerta, pero no pudo. No era de extrañar, pues el marco y la carrocería estaban completamente deformados.

Sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó el número de emergencias. Tuvo que tocar la pantalla mojada varias veces antes de que esta reaccionara al tacto.

El operador que le atendió respondió tras el segundo tono. Tenía una voz amable y tranquilizadora. Sin embargo, en cuanto Patrick empezó a describirle la ubicación aproximada del accidente, fue poniéndose nervioso. No parecía tener ni idea de dónde se hallaba exactamente ese paso de montaña, y, por tanto, tampoco el hospital más cercano.

–Lo más probable es que el equipo de rescate de montaña envíe un helicóptero al lugar de los hechos –dijo finalmente–. Puede que tarden un poquito más de lo que quisiéramos, pero evidentemente se darán toda la prisa posible. Por favor, no se mueva usted de allí –poco a poco, el operario fue recuperando su tono rutinario–. Y dígame, ¿ha asegurado la zona?

Patrick iba a decirle que lo haría en cuanto colgara el teléfono, pero justo en aquel momento la mujer del coche se movió. Debía de haber recuperado la consciencia al oír su voz...

Quizá solo estuviera dormida, se le ocurrió pensar a Patrick. Si llevaba varias horas ahí atrapada, era probable que así fuera. No deberíamos pensar siempre lo peor...

–De acuerdo, hágalo –oyó decir a aquel hombre que lo escuchaba desde algún centro de emergencias, calentito y seco, mientras él, empapado y helado de frío, sen-

tía el viento huracanado silbándole en las orejas—. Pero tenga usted cuidado y no corra ningún peli...

Patrick no pudo oír el final de la frase, pues justo en ese momento la mujer ladeó la cabeza y él pudo verle la cara.

—¡Por el amor de Dios, no me lo puedo creer! —exclamó, dejando caer la mano en la que llevaba el móvil—. ¿Laura?

Ella movió los labios y trató de decir algo, aunque su voz era demasiado débil como para hacerse oír por encima de la tormenta. La mitad derecha de su cara estaba cubierta de sangre reseca y su melena rubia se había enredado en torno a una herida abierta. Unos regueros de sangre marronosa le bajaban por la sien y la mejilla, y su tez estaba amarillenta debido a la conmoción y el frío. Parecía un cadáver.

Patrick se guardó el teléfono en el bolsillo a toda velocidad e intentó una vez más en vano abrir la puerta del conductor.

—Laura, ¿puedes oírme? —Se inclinó hacia ella, moviendo una mano frente a su cara—. ¡Laura!

Los ojos de ella se movieron de un lado a otro, desorientados, como los de alguien que hubiera sido despertado de un sueño especialmente intenso y tuviera que ubicarse de nuevo en la realidad. Por fin se fijó en la mano y después en él.

—¿Pa-trick?

Su voz no era más que un suspiro, pero lo había reconocido. Buena señal.

—Tranquila, los servicios de rescate están a punto de llegar. ¿Te duele mucho?

Ella volvió a mover los labios pero no logró pronunciar palabra alguna. Entonces echó la cabeza hacia atrás, hacia el respaldo del asiento, y sus ojos empezaron a moverse rápidamente de un lado a otro.

–¡No te duermas, Laura! ¡Aguanta despierta! El médico de urgencias está a punto de llegar. –Pronunció aquellas palabras en un tono muy alto, pero no estaba seguro de que ella pudiese oírlo–. Voy a alejarme un momento para asegurar la zona, ¿me oyes? Solo tardaré unos minutos.

Ella había cerrado los ojos y parecía que había vuelto a perder el conocimiento. Lo más probable es que tuviera una conmoción cerebral y hubiese perdido mucha sangre.

Patrick decidió que no tenía sentido examinarla mientras siguiera atrapada en el coche. No le quedaba más opción que esperar a la ambulancia. O al helicóptero. Suponiendo que fueran a encontrarlos, ahí en medio de la nada.

Se mordió el labio inferior y se dio cuenta de que estaba temblando, y no solo por el frío. Tenía los nervios a flor de piel. El tiempo corría en su contra.

«¡Haz el favor de controlarte! Eres médico; ¡compórtate como tal!».

Tenía que pensar. No podía dejar a Laura ahí sola, pero tampoco podía perder el tiempo. Si a Su le hubiese pasado algo...

Una idea lo asaltó de pronto. ¿Y si Laura se hubiese marchado precisamente por eso? ¿Era posible que hubiese dejado sola a Su porque...?

«Pensaré que estoy loco, doctor, pero me da miedo».

Movió la cabeza de un lado a otro para ahuyentar aquella idea y fue hacia su Mercedes. Cogió el triángulo reflectante del maletero y corrió bajo la lluvia hasta llegar al final de la curva. Lo puso en el suelo y volvió a toda prisa hasta el coche de Laura.

Ella seguía allí inmóvil, con los ojos cerrados. Patrick le tomó el pulso y vio que estaba algo acelerado, pero uniforme. Sus párpados temblaban como si estuviera teniendo una pesadilla.

Para asegurar la curva de arriba, necesitaba el triángulo del coche de ella. Por suerte, la parte trasera de su vehículo estaba mucho menos perjudicada que la delantera..., pero resultó que el maletero, como la puerta del copiloto, tampoco podía abrirse. Patrick lo intentó varias veces, estirando y empujando y dándole golpes, pero al final tuvo que desistir. Corrió de nuevo hasta su coche y cogió una llave inglesa.

El viento le atravesaba la ropa, estaba calado hasta los huesos y apenas notaba los dedos por el frío.

Al cabo de varios intentos logró abrir el maletero, y un hedor insoportable le golpeó en la cara. En la oscuridad no pudo ver bien lo que había ahí dentro, pero el olor a podrido y excrementos era abrumador.

Le sobrevino una arcada, dio un paso atrás y volvió a sacar la linterna que guardaba en el bolsillo de su chaqueta. Esperándose lo peor, la encendió y... se quedó petrificado.

Unos ojos muy abiertos parecían mirar fijamente a los suyos, destrozados por el horror. Era una mirada rota, aterrorizada, estupefacta y al tiempo colérica. Después vio el cráneo abierto y la masa grisácea de un cere-

bro desparramado, incapaz ya de pensar o sentir nada. Una masa inerte. Nada más.

Retrocedió unos pasos, tambaleándose, tropezó y cayó al suelo. La linterna también rodó a su lado, chocó contra una roca y se apagó.

El estómago se le contrajo. Vomitó. Ni siquiera se dio cuenta de que el vómito le caía por la chaqueta y los pantalones.

Al cabo de un rato logró recomponerse mínimamente: la tensión y las náuseas remitieron, y se incorporó como un borracho. Avanzó con torpeza, con las rodillas temblorosas, junto al desvencijado vehículo.

Cuando llegó al asiento de Laura, esta había vuelto a abrir los ojos y lo miraba. Las lágrimas le caían por las mejillas.

–Lo sien... lo siento... Yo... no... quería...

Su voz no era más que un susurro, pero él logró entenderla y un escalofrío lo atravesó por dentro.

–¿Su sigue allí? –preguntó con voz áspera. Se aferró al techo del coche para no perder el equilibrio–. ¡Respóndeme, Laura, tengo que saberlo! ¿Su sigue allí?

Notaba las rodillas tan débiles que pensó que iba a derrumbarse en cualquier momento.

Los ojos de Laura se abrieron, aterrorizados.

–¡No... no vayas... allí! –exclamó. Esta vez habló más fuerte, lo cual, obviamente, le supuso un enorme esfuerzo–. No puedes... Yo...

De pronto se quedó sin fuerzas. Sus ojos se abrieron de par en par y se pusieron unos segundos en blanco, pero poco después volvieron a posarse en Patrick. Estaba luchando por no perder de nuevo el conoci-

to. No había duda de que quería advertirle de un peligro...

Él se apartó del coche y se alejó tambaleándose hacia su Mercedes. Oyó gemir a Laura a sus espaldas.

Subió a su coche, cerró la puerta y pisó el acelerador, alejándose de allí a toda prisa, bajo la tormenta.